

LO QUE EL CIELO NO SE LLEVA

Sugus era un perrito pequeño que guardaba un olor en el alma: el olor de Francisco, a madera y a canción. Un olor que traía la calma.

Cuando Francisco se fue una mañana, aquel pequeño corazón con patas buscó por toda la casa. Lo encontró en su bufanda, en su taza, en su silla favorita. Y también en el banco del parque, donde el sol nunca se apagaba.

Pero de noche, al cerrar sus ojitos, ocurría la magia. El olor se hacía mano, caricia y calor. Y Francisco aparecía en pasos pequeñitos, a darle su paseo y su mejor amor. Juntos corrían, saltaban y reían, sin prisa ni final.

Cada mañana, Sugus abría los ojos, meneaba la cola y suspiraba contento. Porque hay amores tan grandes que el cielo no los para. Y él lo sabía: desde las estrellas, Francisco siempre le mira.